

LA CREACIÓN HISTÓRICO-POLÍTICA EN LA OBRA DE LUIS DíEZ DEL CORRAL

Por PEDRO FRANCISCO GAGO GUERRERO

SUMARIO

1. INTRODUCCIÓN.—2. UN HISTORIADOR SABIO.—3. LA IDEA DE LA HISTORIA.—4. EL REENCUENTRO DEL PASADO CON EL PRESENTE.—5. LA APREHENSIÓN HISTÓRICA.—6. LA HISTORIA COMO ARTE Y EN EL ARTE.—7. EL MUNDO CLÁSICO Y EL SIGLO XIX COMO BASE Y PROYECCIÓN DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA. LA REFERENCIA AL MITO.—8. DOS TEMAS PRIORITARIOS: ESPAÑA Y EUROPA.—9. LA DIMENSIÓN FILOSÓFICA DE LA HISTORIA.—10. LA CONCEPCIÓN HISTÓRICA DE LAS IDEAS POLÍTICAS.

1. INTRODUCCIÓN

La calidad de la obra de Luis Díez del Corral le convierte en uno de los más importantes historiadores de las ideas europeos de esta centuria. La lectura y estudio de sus obras son imprescindibles para quien quiera conocer el panorama de las ideas en el pasado europeo y en el español.

Parte importante del pensamiento de Díez del Corral procede del magisterio de Ortega, siendo quizá su discípulo más sobresaliente en el campo histórico. Teniendo personalidades muy diferentes poseían rasgos comunes. No iba descaminado Arnold Toynbee cuando decía («The Observer» 1959) que tanto Ortega como Díez del Corral, e, incluso, en otro plano, Churchill, se encuentran a sí mismos y a su mundo en una situación de transición. Quizá porque tenían la consciencia de que Europa se desarrollaba en crisis, en tensión constante, y su pensamiento formaba parte de esa tensión. Se presume cómo Ortega y Díez del Corral, aunque en distintas épocas, están en el mundo del pensamiento. El dinamismo tenso de todo pensador es consecuencia del fluir de las ideas, de la búsqueda de una ubicación para sí y sus proyectos. Es el tributo necesario del acoplamiento intelectual, que a su vez genera un impulso hacia los otros. El pensador ha de adecuarse a esa dinámica. Entrar en el mundo del pensamiento es pasar a un mundo de titanes siempre con presencia

—«geschichtsbilder sind mächtig», las ideas que se han formado en el pasado son poderosas—, que ayudan y permiten ponerse sobre sus hombros para impulsar a todo aquel que se mueva en este medio (1), pero que a la vez ponen unas murallas, tan altas, que sobrepasarlas requiere asentar el impulso en un conocimiento superior, original y creativo. Y cuando alguien decide ser intérprete de la historia y seguir siendo discípulo de Ortega, está obligado a no limitarse a inspeccionar lo acontecido, sino a penetrar con una mentalidad filosófica en la historia, plantear las preguntas clásicas de los historiadores y saber en qué consiste su misión intelectual. Por eso, con razón Carlos Ollero expresaba la antinomia que producían las obras de Ortega y Díez del Corral: Las personalidades y obras como las de estos pensadores «pueden producir un efecto doble y contradictorio: por un lado estimulan y provocan a hacer obra propia en tanto expresiones de la inteligencia humana y de su potencialidad creadora,...; mas por otro, pueden hacernos cobrar conciencia de la más que probable imposibilidad de nuestro esfuerzo por intentar una aportación singular y relevante de la inmensidad de temas que han tocado ellos, expresando en verdad lo más certero, profundo y concluso que puede decirse» (2).

2. UN HISTORIADOR SABIO

Díez del Corral pertenece a una estirpe egregia de pensadores que se han cultivado en diversas materias. Ramón Carande opinaba de él que constituye una muestra más del magisterio de Ortega «enemigo de los cotos de especialidades». Por lo que «sorprende el volumen, comenta Alfonso García Valdecasas, la variedad, la riqueza de documentación, la profundidad de los planteamientos y la multitud de incitaciones que su obra encierra» (3).

Nietzsche afirmaba que la calidad de la obra histórica dependía de la personalidad del historiador. Luis Díez del Corral poseía las cualidades de los grandes historiadores: saber elegir lo que de verdad enseña la historia, articular con maestría la multitud de datos e ideas, esto es, capacidad para amalgamar lo aparentemente desorganizado (4). Y un refinadísimo sentido común, usando la terminología de Lor Bryce. A lo que hay que añadir un profundo conocimiento político, jurídico, artísti-

(1) «Los pensadores valiosos son unos gigantes amables, escribe Díez del Corral, en *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*, que nos ponen sobre sus hombros para ver más que ellos y, al mismo tiempo, nos enseñan a caminar con nuestros propios pies», Discurso de recepción en la Academia. Sesión de 2 de febrero de 1965, Madrid, pág. 146.

(2) Intervención en el «Homenaje al profesor D. Luis Díez del Corral. D. Luis, Riojano universal», marzo de 1985, pág. 29.

(3) Recepción como académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de D. Luis Díez del Corral, pág. 150

(4) Dice Walther Brünig que «lo histórico, como discontinuo, tiene que conservar su propia continuidad interior, si no quiere desintegrarse en meros puntos sin conexión» *La Filosofía de la Historia en la actualidad*, Universidad Nacional de Córdoba 1961, pág. 12

co, filosófico y económico de la historia junto a una notable intuición apoyada en un sólido saber general (5). Ha sabido elegir donde están los centros de conocimiento en la historia, con ese sentido especial que suele llegar a quienes quieren tener un trato profundo con ella. Sobrepassaría por virtud lo que Raymond Aron requería del historiador: «la Wissenschaft superior es la historia, y el especialista más alto es el historiador, pero con la condición que sea al mismo tiempo antropólogo, sociólogo y filósofo» (6). Su sabiduría ha hecho posible que su obra, que combina varias disciplinas (7), vaya más allá de los estudios sobre Historia de las Ideas: la Ciencia Política, el Arte, la Filosofía Política, la Política Internacional, la Filosofía de la Cultura, la Teoría y Sociología del Conocimiento, la Economía, el Derecho, la Biografía Intelectual. En cuanto a los temas, también son múltiples y abarcan diversas épocas (8) que van desde la Antigüedad hasta el presente, con estudios específicos. Ello le llevó a Carlos Ollero a decir que «si un día se editaran las Obras Completas de Díez del Corral, yo aconsejaría que contuvieran un cuidado «sachenregister» o índice analítico. Sin duda exigirá volumen aparte y sólo entonces podría sostenerse la asombrosa cantidad de problemas y conceptos que ha abordado, y el número impresionante de temas científicos y culturales a los que ha dedicado atención. Vendría a representar un auténtico diccionario, en clave de referencias, de la Cultura Universal» (9).

Aunque sus estudios son sectoriales y abarcan un campo amplísimo de contenidos históricos, cabe trazar un continuo hilo histórico en la globalidad de su obra. El resultado está disponible para ser comprendido en la historia general.

Acepta el historiador español la exigencia de la verdad (10), que requiere el saber general y la captación de todo cuanto sea posible para llegar a ella. La parcela-

(5) Según señala M.^a Carmen Iglesias, «ésta aparente diversidad en las obras de Díez del Corral, está fuertemente cohesionada por una unidad de estilo, por una cierta y flexible metodología, por un rigor y un talante investigador presente desde el primero hasta el último de sus escritos». Intervención en el «Homenaje al profesor D. Luis Díez del Corral. D. Luis, Riojano universal», *op. cit.*, pág. 24

(6) *L'historien entre l'étmologue et le futurologue*, París, 1972, pág. 220.

(7) «La característica metodológica de toda esta construcción creativa es su carácter interdisciplinario, escribe M.^a Carmen Iglesias, algo tan difícil de conseguir sin caer en el generalismo de los tópicos, y que sólo los grandes maestros, que aúnan amplitud de saberes y conocimientos, junto con disciplina y rigor cotidiano investigador, logran en sus obras», Presentación al libro *Historia y Pensamiento*, Homenaje a Luis Díez del Corral, Eudema, Madrid, 1987, pág. 15.

(8) «En la obra de Díez del Corral, aunque la realidad histórica se fragmente para poder estudiarla analíticamente, señala M.^a Carmen Iglesias, esa realidad no se diluye en parcelas independientes que sólo lograrían esa unidad de forma abstracta y teórica, sino que los fenómenos políticos, filosóficos, estéticos y religiosos... se enmarcan en una visión de conjunto que permite una especie de permeabilidad de unos fenómenos a otros». Presentación al libro *Historia y Pensamiento*, Homenaje a Luis Díez del Corral, *op. cit.*, pág. 16.

(9) Intervención en «D. Luis, Riojano universal», *op. cit.*, pág. 28.

(10) Que supone según ORTEGA, entre otros aspectos, «la coincidencia del hombre consigo mismo» «En torno a Galileo», en *Obras Completas*, tomo V, pág. 81. Y en el caso que nos situemos en el viejo problema de la verdad y la política, con la perspectiva de ésta, según H. ARENDT, la verdad tiene un carácter despótico.

ción del conocimiento, aunque esté justificada por la limitación del hombre, es a la postre concepción unilateral, insuficiencia. La verdad no quiere límites. El limitado siempre es el intelectual, que ante la inabarcabilidad del saber a que se ha llegado, tiene que ceñirse a lo que puede dominar. Aquí deberíamos tener presente lo que Ortega y Gasset llamaba «las variaciones del pensar», cuestión que Díez del Corral se tomó muy en serio, disociando claramente entre las verdades inmutables y las que son válidas para determinarlas en momentos históricos (11).

El historiador de la política, no pocas veces tiene que ir más allá de sus lindes, puesto que los diversos aspectos de la realidad no se hallan en estado puro, sino que responden a diferentes rasgos culturales cuyos contenidos están aparentemente disociados. Se ocupa de las ideas estéticas, económicas, religiosas..., pero el hilo conductor es el político. Tampoco toda sucesión es historia. Como decía R. Aron, «el hecho histórico es, por esencia, irreductible al orden: el azar es el fundamento de la historia» (12).

Aparte de que el conocimiento permite determinar los aspectos más influyentes en la historia, la intuición y la valentía del historiador resultan también fundamentales a la hora de elegir los temas clave para comprender los aspectos del pasado y del presente. Díez del Corral hizo en alto grado lo que Julián Marías exige a un escritor: «el escritor es el hombre que puede proponer a los demás proyectos nuevos: a él corresponde conocer y explorar las situaciones, imaginar sus salidas, mostrar el atractivo o el valor de las posibilidades que se ofrecen, establecer su jerarquía» (13).

La historia se percibe desde el presente como una concatenación de hechos y acontecimientos, por lo que requiere ser estudiada conforme a su proyección temporal siguiendo su cronología. Pero el sistema de una historia elaborada y aprehendida hasta donde sea posible, exige crear un sistema global que vaya arrastrando su comprensión hasta el momento actual. «La historia es un sistema, escribe Ortega —el sistema de las experiencias humanas, que forman una cadena inexorable y única» (14). Es decir, que el estudio de una época alejada en el tiempo, no sirve de forma directa para aclarar el ahora, pero habrá de servir para averiguar su inmediatez histórica posterior e impulsar así, con interpretaciones concatenadas, el movimiento hacia adelante hasta llegar al presente.

(11) Sobre esta cuestión Ortega explicaba que «hemos de representarnos las variaciones del pensar no como un cambio en la verdad de ayer, que la convierta en un error para hoy, sino como un cambio de orientación en el hombre que le lleva a ver ante sí otras verdades distintas de las de ayer. No, pues, las verdades, sino el hombre es el que cambia y porque cambia va corriendo la serie de aquéllas, va seleccionando de ese orbe transmudano... las que le son afines y cegándose para todas las demás. Noten ustedes que es éste el *a priori* fundamental de la historia» «El hombre y la gente», *Obras Completas*, tomo VII, pág. 284. No hay que olvidar que este escrito de Ortega influyó sobrecmanera sobre toda una generación de pensadores.

(12) «Introducción a la Filosofía de la Historia», *Ensayo sobre los límites de la objetividad histórica*, vol. I, Buenos Aires, 1983, pág. 20.

(13) *Españoles*, Madrid, 1962, pág. 313.

(14) «La Historia como sistema», *Obras Completas*, tomo VI, pág. 43.

Es característico de su obra la valoración moral que hace Díez del Corral en determinadas situaciones históricas. Juicio moral que no ideológico, por lo que está entre los pocos historiadores que se han atrevido en nuestro siglo a calificar moralmente.

3. LA IDEA DE LA HISTORIA

Díez del Corral es un pensador que recoge el conocimiento a partir de una doble perspectiva: primero, como aprendizaje personal, que es el saber de lo acontecido, pensado, creado, imaginado y de lo frustrado en la historia. Y, segundo, ateniéndose a la exigencia del rigor histórico, que, en el caso del pensamiento, consiste en exponer el saber objetivo de los escritores, para que sea aprehendido como ellos pretendieron. Aquí se necesita describirlo para su propio contexto sin variar un ápice de cómo querría ser entendido el pensador estudiado. Pero el historiador del pensamiento no sólo debe ser el exacto intérprete, sino que aporta su creatividad, situando en el tiempo histórico transcurrido y extrayendo lo que de cada pensador ha servido para hacer evolucionar el pensamiento, lo que todavía puede servir y lo que es intemporal. Es decir, que se trata de exponer cómo se convierten los autores en fuentes constantes del saber.

Esto supone meterse en el juego intelectual, teniendo en cuenta cómo se conjuga la relación idea-realidad (15), tratando de superar el interés ideológico, casi siempre ajeno a la verdad y a los planteamientos idealistas del pensamiento. Y es que, desde hace muchos años, en ciertos ambientes intelectuales, a fuerza de considerar todo como puro constructivismo, se ha producido una separación entre la idea y la cosa, como Ortega acertó a ver agudamente. El problema debido a la lucubración intelectualista estaría en el despegue de la realidad. Problema muy amplio, pues, como dice Díez del Corral, «el desarraigo de la inteligencia actual no es sino un aspecto del desarraigo de la existencia entera» (16). En otras palabras comenta K. Jaspers: «Aun en la exacta objetividad no es el conocimiento histórico tan sólo un contenido indiferente de hechos, sino elemento de nuestra vida» (17). El historiador debe poseer imaginación (18) para recomponer la historia. Porque ésta, aunque realizada en un

(15) «Aceptada... la evidente correlación entre el pensamiento de los hombres y sus condiciones de existencia concretas...», escribe acertadamente M.^a Carmen Iglesias, el problema radica en cómo se articula el pensamiento y la realidad, sin caer en posturas “ideológicas” o reduccionistas», «Los hombres detrás de las ideas», en *Libro Homenaje a Luis Díez del Corral*, op. cit., pág. 85

(16) «Memoria para la Cátedra de Historia de las Ideas y Formas Políticas», en *Obras Completas*, edición a cargo de las profesoras M.^a Carmen Iglesias y M.^a Luisa Sánchez-Mejía, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1998, pág. 504.

(17) *Origen y meta de la Historia*, Madrid, 1980, pág. 297.

(18) Expresada en sentido kantiano: «la imaginación (*facultas imaginandis*) o facultad de tener intuiciones sin la presencia del objeto, es ya productiva, explica el filósofo alemán, una facultad de representarse originariamente el objeto (*exhibitio originaria*), que antecede, por tanto, a la experiencia, ya re-

espacio y un tiempo que puede medirse cronológicamente, no suele dejarse comprender si se sigue sólo su evolución. El historiador ordena la historia, siendo la imaginación y lo que Cassirer llama «los principios objetivos de enjuiciamiento» (19), claves para sacarla de sus límites y oscuridades. Por eso, los interrogantes que hace Díez del Corral son expresivos: «¿cómo reconstruir el cuerpo vivo del pasado con los trozos múltiples y diversos que nos depara, dimanantes de mil fuentes históricas diversas, contradictorias muchas veces, interesantes no pocas, superabundantes otras? ¿Cómo poder reducir a formas concretas y descubrirles un sentido a tan abigarrados elementos?» (20).

A veces surge el problema de que algunos pensadores, como Montesquieu o Tocqueville, parecen haber ido más allá de la cultura del contexto en que vivieron, por lo que podrían estar por encima de su dimensión histórica y de la cultura de su época. Esto es motivo suficiente para que Díez del Corral sólo aceptara parcialmente la idea de Herder de meter todas las actividades humanas en la cultura de la época, debido a que haría a los hombres excesivamente dependientes de su tiempo, lo que llevaría al historiador a ser excesivamente historiocéntrico.

Díez del Corral se puso como una de sus metas el «enfrentarse con el proceso de ideación y de la realidad histórica a la par» (21). En su obra se advierten los recursos utilizados para enlazar las ideas de diferentes épocas, exponiéndolas como si fueran un discurso lógico de la humanidad, enlazando sus hechos y creaciones, manifestándose lo antiguo en el presente renovando las ideas para adaptarse a los continuos requerimientos de la modernidad.

Otro aspecto de la obra de Díez del Corral está en la voluntad de plasmar la riquísima labor del hombre que se hizo historia. Huyó del reduccionismo expositivo, porque cercena la brillantez de los logros del hombre, cuya creatividad y capacidad queda expuesta en su obra. Díez del Corral se cuenta entre los historiadores que admiten la riqueza de la historia, en oposición a una parte de la historiografía, sobre todo la positivista y la marxista. Es ésta una forma de entender la historia que sólo ha destacado lo negativo del hacer humano y convertido lo inaceptable en brillante. Díez del Corral defiende que la historia es expresión de la vida humana inteligente (22). Recuerda en parte al moderado optimismo de Macaulay, combinado con la capacidad analítica de Guizot. En la historia, para él tiene menos importancia la irracionalidad de la vida que, por ejemplo, en Ortega o en Max Scheler. Es más un his-

productiva o derivada (*exhibitio derivativa*), lo cual envuelve al espíritu una intuición empírica anteriormente tenida». *Antropología, en sentido pragmático*, Madrid, 1935, pág. 56.

(19) «En ninguna parte explica Cassirer, se ve tan claro como en la historia del espíritu que su contenido y su cohesión no son algo dado, sino que tenemos que crearlo nosotros mismos a base de los hechos concretos; esa historia es solamente la que nosotros hacemos de ella, por medio de la síntesis del pensamiento», «El problema del conocimiento», t. I, 4.^a reimpresión, México, 1986, pág. 24.

(20) *Memoria para la Cátedra de Historia de las Ideas y Formas Políticas, op. cit.*, pág. 533.

(21) *La mentalidad política de Tocqueville con especial referencia a Pascal*, pág. 19

(22) Por supuesto DÍEZ DEL CORRAL era consciente de los males y desgracias, vicios, etc., que ha ha-

torizador preocupado de los actos inteligentes, sin que descuide en ningún momento todos los demás en cuanto han constituido la historia.

No es infrecuente encontrar en la obra de Díez del Corral indagaciones sobre el porqué de los fracasos de los pueblos: «En su desazón, dice Díez del Corral, nos impulsa a volver la mirada a las encrucijadas del pasado, hacia tantas posibilidades que quedaron marchitas o sepultadas en los fracasos sobre los que se ha ido escuchando nuestro tiempo» (23). El motivo no es la melancolía, sino el interés del historiador por lo que no pudo realizarse. El fracaso, al igual que lo conseguido, también es producto de la libertad, de la imposibilidad del hombre de controlar todas las situaciones. «El pasado, sostiene nuestro autor, no obra sólo sobre el presente en forma de posibilidad inmediata a lo largo de un eje propio, sino también bajo la forma de la circunstancia y en particular de la circunstancia adversa» (24).

Todo pensador se puede encontrar con una realidad difícil de aprehender y hasta imposible de entender. Una muestra: «A los pocos días de vivir en la India, el investigador se olvida de las investigaciones del Banco Mundial y la Fundación Ford, así como de los libros de Marx, de Galbraith o de Myrdal, y deja que los ojos miren asombrados el sorprendente espectáculo que el país ofrece por doquiera. Las imágenes golpean la retina amontonándose en la memoria, y el viajero las rumia tratando de comprenderlas en un esfuerzo de ordenación siempre evanescente» (25). Esta confesión, que es una muestra de sinceridad intelectual, marca los límites al pensamiento; no siempre se puede ordenar lo que en la realidad es desorganización. Ni tampoco en ocasiones se puede teorizar sobre lo que se ve. Por eso deben relativizarse los resultados de estudios como «Economía y Sociedad» de Max Weber, ya que es imposible explicar una civilización sólo por la religión, o los de Marx, acerca de la posibilidad de poder percibir toda la realidad.

4. EL REENCUENTRO DEL PASADO CON EL PRESENTE

El historiador debe atender a dos aspectos: 1. Al reclamo de la propia historia que le guía en sus investigaciones. Lo histórico le señala los caminos a cuyo través los hombres han hecho su vida, incluso por senderos no previstos. Díez del Corral

bido en la historia. Si aceptáramos, como pensaba Burke, que la Historia «está compuesta, en su mayor parte, del relato de las desgracias atraídas sobre el mundo por el orgullo, la ambición, la avaricia, la venganza, las pasiones, las sediciones, la hipocresía, el celo desordenado...», *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, Prólogo y traducción Enrique Tierno, Madrid, 1978, págs. 336 y 337, Díez del Corral escogería entonces la parte más escueta, la de la inteligencia, la creatividad, virtudes, etc., sin ocultar lo negativo que sea necesario o imprescindible. Ciertamente su elección también tiene una parte negativa.

(23) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 614.

(24) «El saber histórico y el presente», en *Problemas actuales de la cultura superior*, ciclo de conferencias a cargo de Díez del Corral, Pedro Laín, Julián Marías y Alberto Dou. Universidad de Valladolid, 1969, pág. 27.

(25) *Perspectivas de una Europa raptada*, Madrid, 1974, pág. 56.

tuvo esta experiencia cuando escribió *El Liberalismo doctrinario*: «La atención pasó de la esfera del pensamiento canovista a la de sus antecedentes españoles... Buscando semejanzas y parentescos para perfilar mejor esa corriente, la lectura se convirtió en los doctrinarios franceses... pero, sin duda, por su importancia intrínseca, dicha tendencia política francesa fue ganándose una parte creciente en la composición del libro hasta alcanzar la mayor y arrastrar el centro de gravedad del mismo» (26). La historia orienta y conduce provechosamente al que sabe indagar en ella, al que se sitúa en sus ejes principales y en las partes donde está la sustancia principal para entenderla. 2. El estudioso de la historia abre camino a la propia historia, la descubre, la aclara, estima su riqueza, sus significados, porque en ocasiones es inexpresiva e incapaz de ofrecer algo valioso.

En el estudio preliminar al libro de Friedrich Meinecke, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, explica Díez del Corral que «el que va hacia el pasado con los hábitos mentales de un ratón de biblioteca no puede entrar en verdadero contacto con las fuerzas vivas de otras épocas; fallará, por tanto, en lo más esencial de su función; se limitará a ser un sepulturero ocupado en remover osarios» (27). A diferencia de muchos historiadores, nunca pretendió reflejar el pasado levantando acta notarial o tratándolo como mero acto administrativo, muy al uso del positivismo; en realidad, así se eclipsa la creatividad del pasado: «la mera erudición documental no es capaz de hacernos comprender el pasado con su profunda estructura, y la especulación al estilo de Hegel rearma las etapas temporales, con su carácter singular, en el desarrollo de un proceso lógico preciso e inexorable, por más que el protagonista se llame libertad» (28). Al ser tan compleja gran parte de la realidad del pasado se requiere del historiador que esté a su altura. Díez del Corral ha tratado en múltiples ocasiones de que se reencuentre el pasado con el presente para hacer que aquél permanezca con más fuerza en éste a fin de ponerle en el lugar que le corresponde. No hay que olvidar lo que decía Aron sobre la función de la historia, que «es reconstitución, por y para los vivos, de la vida de los muertos» (29).

De la historia, Díez del Corral ha tenido presente todo lo que influye en el porvenir y de lo que no sería posible prescindir; por eso aprecia tanto los conjuntos como los grupos, el Estado, el factor individual —sin que se acerque al campo del historicismo que subraya el rasgo particular de cada acontecimiento histórico así como de las acciones de cada personalidad, ni a Hegel que pensaba que los *weltgeschichtliche Individuen*, las individualidades se conformaban a las condiciones objetivas de la época—, etc. Se interesa por el conjunto cultural creado por los pensado-

(26) «El Liberalismo Doctrinario», *I.E.P.*, 3.ª ed., Madrid, 1973, págs. IX y X.

(27) Estudio preliminar, *C.E.C.*, reimpresión, Madrid, 1983, pág. IX. En la medida que está haciendo ciencia, pues como bien dice Arnold Brecht, «el cuerpo de la ciencia es algo vivo, no es un fósil», *Teoría Política. Los fundamentos del pensamiento político del siglo XX*, Barcelona, 1963, pág. 75.

(28) *Perspectivas de una Europa raptada*, Madrid, 1974, pág. 21.

(29) *Dimensiones de la conciencia histórica*, México, 1983, pág. 14.

res, por la actuación individual (30) según las ideas elaboradas o establecidas en el marco histórico.

Por eso buscará en el pasado los pilares básicos y las ideas impulsoras de la época y una vez aprehendidas, las dejará dispuestas para ser comprendidas en su ámbito, utilizables para hacer entender el contexto presente y preparadas para su proyección histórica futura. Y es que «sin la historia, escribe coincidentemente con él Pierre Chaunu, no hay prospectiva, se hacen proyectos» (31). Por ende, las ideas estudiadas quedan expresadas en la obra de Luis Díez del Corral con una radical historicidad. Hay que tener en cuenta que la investigación del conocimiento histórico no constituye una mera reflexión sobre su historia. A la comprensión histórica puede llegarse como decía Burekhardt, descubriendo las reglas del juego de la época; pero Díez del Corral va más allá, hace un soberbio esfuerzo para determinar los ejes que arrastran y cambian la vida de los hombres. Sobre todo está muy bien aplicado el *principium individuatio-nis*, es decir, los elementos históricos singulares e irrepitibles.

Es imprescindible implicar el texto con su contexto, porque si uno se desligase del otro se correría el riesgo de no entender al autor. Es decir, que a partir de la posición del autor, es fácil obtener «una imagen demasiado abstracta y simplista» (32). Además, «para entender el sentido de las diferentes construcciones histórico-filosóficas resulta necesario observar la historia de las respectivas patrias de los autores» (33). No se trata sólo de particularizar los diferentes movimientos históricos de cada país, sino de extraer los caracteres que fundamentan su idiosincrasia. Ello nos va a posibilitar comprender al filósofo de la historia en sus actitudes espirituales.

Díez del Corral siempre defendió que la historia del hombre se hace en gran parte a distancia de la naturaleza. Como decía H. Arendt: «en un sentido fabricamos naturaleza en la medida en que fabricamos historia». Porque «se ha visto que el hombre es capaz de iniciar procesos naturales que no se producirían sin intervención humana, tal como es capaz de iniciar algo nuevo en la esfera de los asuntos humanos» (34). Y, de modo muy especial, siguiendo una idea que trataran Ortega, García Morente y Zubiri, debido a que el cristianismo despojó a la naturaleza de su sentido sagrado.

(30) «Que la historia es el reino de las individualidades, de las singularidades irrepitibles y portadoras de valor, comenta W. Windelband, se verifica en la historia de la Filosofía; aquí también hay personalidades que ejercen un influjo asaz duradero, pero no exclusivamente progresivo» *Historia General de la Filosofía*, 15.ª ed., Barcelona, 1970, pág. 14. Lo mismo cabría decir de la historia de las ideas políticas.

(31) *Histoire quantitative, histoire sérielle*, París, 1978, pág. 57. «La reconstrucción del pasado, señala Aron, no es un fin en sí mismo... los vivos buscan... un enriquecimiento del espíritu o una lección». *Dimensiones de la conciencia histórica, op. cit.*, pág. 16.

(32) «La actualidad del pensamiento político de Platón y su doctrina de régimen mixto», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3300.

(33) «Realidad e Historia», en *Obras Completas*, v. IV, pág. 3324.

(34) *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona, 1996, pág. 67.

Parece haber aquí una búsqueda para identificarse con la naturaleza y con las formas plásticas. Recuerda un tanto, sin que se saquen consecuencias políticas, la inquietud de la generación del 98 o incluso el romanticismo del *Volk*, pero sin ningún extremismo y con la lógica de quien desea que el hombre se identifique con su cultura, con su paisaje y con su historia. Tampoco hay nacionalismo (35).

5. LA APREHENSIÓN HISTÓRICA

La exploración histórica de Díez del Corral se basa en tres premisas generales:

1. El descubrimiento del pasado para reconstruir y hacer realidad lo que fue (hecho o acontecimiento humano) y perfilar su vigencia, bien en sus transformaciones o adaptaciones (la vida histórica que está en el presente, el arte que es el detalle de la idea o de la belleza reflejada en la materia, de lo que se percibía y cómo se percibía).
2. La reconstrucción artística de aquella realidad sin deformarla. La realidad admite una ordenación artística, sin perder su objetividad.
3. Percepción de la historia rechazando la continua exposición de lo negativo. Su obra no está planteada como una lucha contra algo, como ocurre con muchos historiadores que hacen de la historia un medio de denuncia del sistema en que viven. Díez del Corral pone el énfasis en los resultados creativos del pasado.

A pesar de los estudios realizados en Alemania y su conocimiento de varios pensadores germanos, el historiador español hizo una historia más en consonancia con la historiografía francesa (36), pues, como se sabe, Francia impone a partir del siglo XVIII la interpretación de la historia. No se diferencia mucho de lo que él mismo explicaba sobre el autor de la «Democracia en América»: «Conforme a la pauta que marcara Pascal, Tocqueville no aprehende las cosas a través de un sistema, sino que las capta tal y como son, sin consentir que se las fuerce o se las desfigure como hacen los amantes de la simetría» (37). Que también fuera elegido como modelo por nuestro historiador el autor de los «Pensées», aparte de lo señalado por Tocqueville, se debe a que es uno de los escritores que se oponen a que se deduzca todo de los principios. En éste sentido, Díez del Corral percibe las cosas según son y no según el sistema en el que deben intercalarse.

El problema está en ordenar el aparente caos. Díez del Corral, siguiendo a Husserl, cree que no sólo hay que mostrar con fundamento, que no sólo hay incontables verdades, sino que han de ser mostradas en un sistema, porque sólo así llegarán a ser aprehendidas.

(35) Por supuesto no hay el menor indicio de identificación racial al estilo de Otto Gemlin, de W. H. Riehl o de H. Löns.

(36) Y en el campo de la Filosofía, como subraya el profesor ALAIN GUY, DÍEZ DEL CORRAL «ha consagrado la mayor parte de su obra a los filósofos franceses» «Luis Díez del Corral, interpréte du libéralisme français», en *Historia y Pensamiento. Homenaje a Luis Díez del Corral*, pág. 473. Compatible, por cierto, con la influencia que ejercieron sobre él Ortega y Zubiri.

(37) *La mentalidad política de Tocqueville...*, pág. 142.

Si en Tocqueville encontramos una falta de simetría, que, en ocasiones, es casi puro desorden, debido a sus reflexiones espontáneas, en contraste, la obra de Díez del Corral presenta una ordenada explicación. Quizá porque la propia historia da facilidades para ser construida. A veces casi se ordenan las ideas que están aquí y allá, que nacen y vuelven a surgir cuando la explicación lo requiere y se colocan en cuanto se descubren las más importantes. Y la realidad que ha sido, no acepta un método tipo al que todo se adapte.

6. LA HISTORIA COMO ARTE Y EN EL ARTE

Aparte de la búsqueda radical en la historia de sus raíces, —«patentizar la raíz vital de donde han emergido los pueblos» (38)— combina Díez del Corral la ciencia —la objetividad— y el arte —la plasmación literaria y plástica de la historia—. No quiere describir o exponer fríamente los resultados de unas investigaciones, sino que se exige a sí mismo recurrir al arte para contarlos, de tal manera que puedan coincidir la belleza de las ideas de sus creadores con el análisis del intérprete del estudioso. Con buen criterio comentaba Schiller, que se puede escribir Historia con precisión y exactitud sin poner a prueba la paciencia del lector. La creatividad del hombre en el pensamiento, en sus creaciones plásticas, exige que se plasme con una alta calidad prosística (39), a fin de que no se pierda la belleza de las ideas con el simple o torpe lenguaje (40). Díez del Corral cumple con excelencia lo que C. Sánchez Albornoz requería del historiador: «el historiador precisa un talento de escritor, porque el historiador ha de dar vida a seres extinguidos, sin la libertad creacional del artista, pero con no menos belleza y emoción» (41).

Su obra como historiador de la política también se revela en su forma de observar y penetrar en el pasado a través de sus vestigios artísticos. La percepción visual en el presente es fundamental para comprender la historia. Decía con acierto el crítico literario Yunzo Karaki que Díez del Corral era una persona que pensaba con los ojos.

(38) «Historia y Política», *I.E.P.*, Madrid, 1956, pág. 238.

(39) Es obvio que «cualquier cosa que el hombre haga, explica H. Arendt, sepa o experimente sólo tiene sentido en el grado en que pueda expresarlo». Aunque hay que dejar la puerta abierta a que «tal vez haya verdades más allá del discurso», «La condición humana», Barcelona, 1.ª reimpresión 1996, pág. 16.

(40) Lo que no impide que obras escritas con mal estilo sean útiles para conocer el contexto histórico. Véase lo que dice Tocqueville: «... no sólo he releído los libros célebres que produjo el siglo XVIII, sino que también me propuse estudiar muchas obras menos conocidas y menos dignas de serlo que, no obstante estar escritas con poco arte, revelan tal vez aún mejor los verdaderos instintos de la época». *El Antiguo Régimen y la Revolución*, *op. cit.*, pág. 76. Por cierto, en la bibliografía sobre Tocqueville que ha hecho E. Serrano Gómez no aparece, incomprensiblemente, la obra de nuestro autor «El pensamiento político de Tocqueville».

(41) *Ensayos sobre historiología*, *op. cit.*, pág. 26.

Eso explica el recurso de Díez del Corral al mito de las metáforas y a las imágenes para explicar y describir lo que se pretende dar a conocer, «puesto que, como dice Marías, el lenguaje está hecho primariamente para nombrar cosas estáticas y fijas» (42). Y es que el pasado no es estático, se mueve y lo mueve quien pretende conocerlo.

La estética es así para nuestro pensador una especie de experiencia vital intelectualizada mediante un profundo razonamiento. El modelo es Descartes. Digamos que el razonamiento de la historia se recoge universalmente en sus plasmaciones artísticas. Naturalmente es ésta una forma de proceder de una parte de la historia.

La preocupación de Díez del Corral por la política y el arte se justifica por la relación intrínseca existente entre ambas, aunque aparentemente parecen formas diferentes de realización humana. «Los regímenes políticos y el arte se han encontrado estrechamente vinculados a lo largo de la historia que dio comienzo con el orto de las altas culturas» (43).

7. EL MUNDO CLÁSICO Y EL SIGLO XIX COMO BASE Y PROYECCIÓN DE LA HISTORIA CONTEMPORÁNEA. LA REFERENCIA AL MITO

Díez del Corral ha asentado su saber histórico y el impulso para desarrollarlo en el conocimiento del mundo clásico, especialmente del mundo griego, y en el del siglo XIX. De este último, porque, dice siguiendo a W. Röpke, «la mayor parte de las ideologías políticas y sociales se originaron en la primera mitad del siglo XIX» (44).

El cultivo del mundo clásico es una necesidad para el estudioso del mundo de las ideas, y una exigencia para paliar, como sostenía Ortega, los defectos de formación en la educación que se dan en cualquier nación para completar sus carencias.

En general, el pensamiento político en Europa ha estado también en continua relación con lo clásico. Sin ello, difícilmente se podría entender la obra y el pensamiento de los autores de diferentes épocas. La utilización por Díez del Corral de lo clásico se debe a dos motivos: por un lado, parece como si el mundo clásico hubiera previsto el futuro. La razón está en que los antiguos descubrieron que hay una esencia en la naturaleza humana que no varía, aunque sus formas sean opuestas o muy diferentes. Destaparon así la universalidad. Y, por otro, la imposibilidad de conocer la historia sin la raíz de las ideas que se desarrollaron posteriormente.

El mundo clásico está en las entrañas de la cultura europea y sigue siendo una fuente principal de inspiración y sabiduría. Lo clásico es arquetipo, enseñanza y modelo, cuya experiencia de la historia, sirve de inspiración y corrección para todas las generaciones. En concreto, al europeo le da la capacidad para conocer su propia rea-

(42) *Antropología metafísica*, Madrid, 1983, pág. 86.

(43) *Velázquez, la Monarquía e Italia*, Madrid, 1979, pág. 19.

(44) «El liberalismo de Tocqueville. La influencia de Pascal», *Revista de Occidente*, Madrid, mayo de 1965, pág. 133.

lidad; y por eso «continúa teniendo una virtualidad nueva para esclarecer regiones oscuras de la experiencia, concretar y plasmar ideas, o aureolar máximamente impresiones estéticas» (45). De lo clásico se saca el ejemplo, la creatividad. Díez del Corral utiliza lo que le permite escudriñar y hacer avanzar su estudio del presente (46). Modelo pero también confrontación: «uno de los rasgos más fascinantes y significativos de la historia occidental consiste en haber conciliado conscientemente sus diferentes épocas con la Antigüedad y en haber rivalizado con ella» (47).

La capacidad de los autores clásicos para captar el alma humana y hacerlo de forma insuperable, les convierte en modelo a imitar, ayuda para describir, o acicate para superar o llegar a plasmar con similar agudeza las diferentes situaciones humanas. El localismo clásico supera sus límites y llega a ser un modelo universal. Un ejemplo que estudia brillantemente Díez del Corral fue el del mito clásico que llegó a convertirse en un ideal que han buscado casi todas las épocas (48) y que reapareció con fuerza después de la II G. M. Sostiene que el mito, aunque fuera compatible con la religión, debe ser recuperado cuando el rigor de esta última haya desaparecido. El ideal trata de sacar al hombre de su miserable realidad. Y no le falta razón, porque ha sido un recurso necesario para llenar con profundidad el vacío que ha quedado en el hombre al aislarse de la religión y eliminar el sentido trascendental de la vida. No es banal el planteamiento de Sartre de que el hombre está obligado a vivir y a vivir libremente. El paso del mito al *logos* fue trascendental para el surgimiento de la filosofía. Por lo que el recurso al mito, quizá no quede planteado históricamente como una expresión sólo de la sociedad desarrollada después de la II G. M., sino más bien, como el recurso de una sociedad incapaz de seguir una vía auténticamente comunitaria y que busca lo ideal desde la angustia de la personalidad interior.

Díez del Corral no admite los mitos políticos modernos nacidos del enfrentamiento político. Al llegar a ser incuestionables y absolutos, las personas y las comunidades quedaban totalmente sometidos a su *imperium*. El hecho es que el Estado y los mitos terminaron por unirse y como, en el fondo, se trataba de estatalizar todo, la política quedaría desplegada por toda la realidad, lo que significaba que perdía sus contornos. Era lógico que Díez del Corral pensara que la ciencia política no podía

(45) «El nuevo Hermes marino», *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3085.

(46) Díez del Corral a diferencia de Tocqueville si intentó sacar provecho de los antiguos. *Vid. La mentalidad política de Tocqueville...*, pág. 88.

(47) «La reaparición del mito clásico en la literatura actual», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3197. Dentro de lo clásico, el helenismo permite entender gran parte de las bases del pensamiento europeo, permitiendo seguir hacia adelante y continuar con los pensadores y corrientes que se apoyaron en él: la Patrística, San Agustín, Santo Tomás, etc.

(48) *Vid.* M. GARCÍA PELAYO cuyo estudio «Mitos y símbolos políticos», guarda similitud con la visión de Díez del Corral, *Obras Completas*, C.E.C., v. I., Madrid, 1991 y «Mito y actitud crítica en el campo político», *Obras Completas*, t. III, pág. 2723 y ss.

quedar desligada de la preocupación explicativa y del crítico valorativa que le permitiera desligarse del dominio ejercido por la actividad estatal.

También por motivos literarios, pero más aún para fijar simbólicamente ciertos contenidos, Díez del Corral recurre repetidas veces al mito clásico (49), como lo utilizaron entonces André Siegfried, Denis de Rougemont, Wilhelm Roepke, Lorenzo Gouso, André François Poncet y otros. Lo justifica porque «los mitos, los griegos sobre todo, flotan sobre el tiempo cambiante, permaneciendo a igual distancia de las sucesivas generaciones» (50). También tenía otra justificación para utilizar los mitos antiguos: «no sólo sirven para representar inexorablemente la trágica situación del hombre actual, sino también para ayudarle a superarse» (51).

En cuanto al siglo decimonónico, su estudio es fundamental porque en él hallamos buena parte de la explicación de nuestro siglo. Y retrocediendo desde él hasta llegar a finales de la Edad Media, se satisfacen los requerimientos del saber histórico, que no deja lagunas, entrelazando los conocimientos parciales y cubriendo la exigencia de un saber total, con una especial detención en el Renacimiento, que posibilita el saber de la llamada Edad Moderna desarrollada como el esfuerzo de la razón de la historia, de la cultura, de la civilización para crecer y entenderse a sí misma hasta llegar a nuestros días.

Un ejemplo de estudio del siglo XIX es el liberalismo doctrinario. No fue un tema escogido al azar, sino propuesto por Ortega, que poseía ese sentido especial para saber dónde estaban los puntos de mayor interés en la historia. Díez del Corral recogió adecuadamente la valoración orteguiana y sacó el provecho que le supuso su maestro. Como observó B. Croce, la época que se sitúa entre la Restauración y las revoluciones de 1848 es vital, pues entonces se produce la unión de germanismo con la tradición latina.

8. DOS TEMAS PRIORITARIOS: ESPAÑA Y EUROPA

Desde muy pronto se dio cuenta Díez del Corral del amplio horizonte de la historia. Escogemos a propósito estos dos temas entre los muchos que ha tratado. La profesora M.^a Carmen Iglesias señala que una de las preocupaciones de su pensamiento político en *El liberalismo doctrinario*, consistió en «insertar el proceso espa-

(49) «La mitología clásica, explica Díez del Corral en *Velázquez, la Monarquía e Italia*, es una vía de comunicación entre la esfera de una realidad sensible y la de un mundo ideal, con sus formas arquetípicas. No son éstas paradigmas que se mueven en un vago mundo de fantasía, como ocurre en otras mitologías, sino formas sublimadas por el ansia de perfección a partir de un mundo real», *op. cit.*, pág. 235 y 236.

Para J. A. MARAVALL, «en ninguna parte pesa más, probablemente, el mito de los antiguos que en el campo del arte», *Antiguos y Modernos*, Madrid, 1998, pág. 483.

(50) *Perspectivas de una Europa raptada*, pág. 242.

(51) «La reaparición del mito clásico en la literatura actual», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3207.

ñol en el ámbito europeo, para salir del provincianismo en el que intelectualmente se había caído» (52). La verdad es que los autores españoles no interesaban salvo en Hispanoamérica (53). Casi nadie venía a estudiar a España como se iba a Francia, Alemania o Inglaterra. En Europa, salvo Ortega y pocos más, las figuras de las letras y de las ciencias no conseguían ser conocidos en otros ambientes intelectuales europeos a pesar de la alta categoría de varios de ellos. Y a medida que desaparecían, resultaba difícil para toda una generación suplirlos. Díez del Corral sería un sustituto brillante, cuya obra es internacionalmente conocida y valorada en alta estima. Pertenecería, sin duda, a lo que Ortega y Gasset llamaba el «cosmopolitismo intelectual» (54).

Es evidente que la situación del historiador para investigar en la Historia de España era difícil (lo sigue siendo), debido a la imposición de límites surgidos de la propia historia, así como de la conciencia que tiene de ella el pueblo español. «El pasado que cuenta en la historia de España se encuentra separado siempre del presente por un vacío más o menos largo, en el que ha habido interrupción, cuando no inversión del proceso histórico que estima valioso el historiador. El presente no ha surgido de manera consecuente del pasado, en un lento movimiento de maduración, sino como decadencia, aniquilamiento o reencarnación de él» (55). Estos límites, condicionan forzosamente al investigador (56), resultando bastante más difícil el conocimiento del pasado, sobre todo, porque se trata de probar que la interrelación de unas épocas con otras ha de servir para crear una clara y auténtica conciencia de él.

También Díez del Corral percibió tempranamente la necesidad de poner la historia española en relación con la historia universal, para comprender una y otra. La importancia de la Historia de España es excepcional: «prueba de ello, decía Díez del Corral, es que las edades de la historia occidental han escogido, en buena medida, como necesario para definirse la Península Ibérica» (57). Porque España ha tenido

(52) En «Escritos. Luis Díez del Corral», *Antología y Semblanza Intelectual*, por M.^a Carmen Iglesias, Madrid, 1984, pág. 17. En cierta manera Díez del Corral coincide con Jaime Vicens-Vives, si tenemos presente lo que dice Miguel Batllori del historiador catalán: «era uno de los hombres más representativos de esa historiografía de la última postguerra que, partiendo de la historia política nacional, había replanteado la problemática histórica en un plano supranacional, no meramente internacional» «La doble lección de Jaime Vicens-Vives», en *Homenaje a Jaime Vicens-Vives*, Barcelona, 1965, pág. IX.

(53) Ello es debido a un conjunto de circunstancias que salen del marco de éste trabajo. No obstante, se puede entender parte de la situación por la visión que se tiene de los españoles fuera de nuestra nación. Vid. el buen trabajo de M.^a Carmen Iglesias, «España desde fuera» en *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Real Academia de la Historia, Madrid, 2.º ed., 1998.

(54) «Los intelectuales cosmopolitas son únicamente los mejores de la generación vigente, los que forman hoy las avanzadas creadoras. Son, en suma, la minoría más selecta». «Cosmopolitismo», *Obras Completas*, tomo IV, pág. 487.

(55) L. DíEZ DEL CORRAL, *La idea de la razón de Estado en la Edad Moderna*, Estudio preliminar a la obra de F. Meinecke, pág. XI.

(56) Si bien como señala Tocqueville «el pensamiento es un poder invisible y casi inaprensible que se burla de todas las tiranías», *La Democracia en América*, op. cit., v. I. pág. 249.

(57) «El futuro de las relaciones entre España y Europa», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3340.

épocas que han sido eje principal de la historia universal. Por eso «las grandes fechas de la historia española no pertenecen a su calendario particular, sino al de la historia universal» (58).

A pesar del aprecio especial que sintió Díez del Corral por su nación, su cultura y su historia (59), sintió la necesidad de salir al encuentro de la cultura europea (60); no sólo para entender su proceso y su universo creador, sino porque los procesos y construcciones hispánicas únicamente se entienden insertados en la cultura europea (61).

La historia europea ocupa un lugar fundamental en los estudios de Díez del Corral, que se justifica porque «es necesario ver el pasado europeo como posibilitante de nuestra actualidad» (62). Pero también es consciente de estar lleno de su espíritu. Por eso Yukio Mishima consideraba a Díez del Corral como «el mejor representante del espíritu europeo después de Paul Valéry» (63).

Y en «El Rapto de Europa» comenta: «la vida histórica sobre el finisterre ibérico, la más vieja tierra culta del Occidente —con su antigua taurofilia, y ella misma una piel de toro extendida y navegante entre los mares y los continentes—, ha ofrecido a lo largo de los siglos un indudable sesgo de rapto: por anulación o por superabundancia, por angustiosa sustracción o por plenitud. De ahí su actual ejemplaridad», Madrid, 1974, pág. 146. «El Rapto de Europa no se reduce, escribe Dalmacio Negro comentando una de las ideas principales del libro de Díez del Corral, al extrañamiento de elementos materiales por simple mimetismo, sino a la fascinación de los raptores ante la única civilización liberal y humanista», *La tradición liberal y el Estado*, Madrid, 1995, pág. 13.

(58) «La experiencia histórica nacional y supranacional de España», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3244.

(59) «Ningún europeo puede barajar más de prisa tantas religiones de sus épocas históricas. España ofrece una extraordinaria colección de formas de vida históricas supervivientes, dotadas cada una de ellas de un vigor raramente igualable más allá de los Pirineos». *El rapto de Europa. Una interpretación histórica de nuestro tiempo*, pág. 142. Díez del Corral suscribiría lo que Tocqueville comenta en el Prólogo de «El Antiguo Régimen y la Revolución»: «Espero haber escrito el presente libro sin prejuicio, pero no pretendo haberlo escrito sin pasión. Sería inadmisibles para un francés no sentirla cuando habla de su país y piensa en su época». La pasión con la que habla Díez del Corral de España no era menor que el gran aristócrata galo, si bien está más controlada, es más equilibrado, se hace notar menos el sentimiento en su obra. Quizá porque los tiempos también eran distintos.

(60) La fórmula orteguiana de «Clávese sobre España el punto de vista europeo. La sórdida realidad ibérica se ensanchará hasta el infinito; nuestras realidades sin valor, cobrarán su sentido denso de símbolos humanos...», citado por Pedro Laín Entralgo en *Españoles de tres generaciones*, Madrid, 1998, pág. 265, dejó una clara influencia en nuestro autor.

(61) En concreto, metida en su historicidad, «pues la de Europa no se distingue de la de otros pueblos y culturas tan sólo por su contenido, por haber tomado esta o aquella dirección, sino por algo mucho más radical: por haber sido más historia que las demás; por haber descubierto dimensiones inéditas en la historicidad humana» *El Rapto de Europa*, pág. 210. En cada uno de los sectores que integran la Cultura del Occidente europeo, «cualesquiera que sean los matices específicos que en cada caso se den... la cultura española nos va a revelar aspectos comunes a toda la Historia Cultural de Europa», explica J. A. MARAVALL en *Antiguos y Modernos*, op. cit., pág.17.

(62) «Visión concreta de Europa», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3090

(63) «Oriente y Occidente», en *Obras Completas*, tomo IV.

El enaltecimiento de Europa por Díez del Corral supone ponerla en sus justas dimensiones en la historia, en un tiempo en el que estaba de moda criticar el papel de la civilización europea en el mundo (64). Y, a diferencia de la extendida inseguridad sobre la cuestión del sentido histórico de Europa y su destino, Díez del Corral tiene muy claro qué es «específico» y «exclusivo». Como analista del momento es consciente de la crisis europea, si bien no tiene tan claro que se trate de decadencia, «del fin del Renacimiento».

Aunque Díez del Corral pone el acento de sus investigaciones en Europa, por seguir ejerciendo una enorme influencia en la historia a través de su cultura, no es un historiador eurocéntrico: «Nuestra coyuntura histórica nos obliga a... situar la historia europea en un contexto verdaderamente universal» (65).

9. LA DIMENSIÓN FILOSÓFICA DE LA HISTORIA

El historiador, al exponer una época, propone indirectamente una interpretación para la suya. Es juez de la historia, pero un juez muy particular, porque al propio tiempo investiga las cosas para conocerlas, para aprehenderlas y ofrecer el porqué de sus resultados. El historiador ha de profundizar para descubrir la época, arrancar sus secretos, sabiéndolos explicar con una fundamentación honda y veraz. Debe intentar descubrir el sentido último de los actos humanos. Por ello tendrá que poner sus contenidos en cada lugar, esto es, articularlos para captarlos. Será inevitable que haga filosofía con y de la historia, por lo que situará las épocas en lo universal, en el sentido general de la historia de la humanidad (66), si es que se encuentra. Díez del Corral acepta la idea defendida entre otros por Jaspers de que «la humanidad tiene un origen único y una meta final» (67). Al historiador filósofo se le exige ir más allá de la objetividad, más allá de la ciencia; esto es, además de llegar a la exactitud del qué, es obligado que indague en el por qué (68) y llegue al para qué. Sin ser propia-

(64) «La extensión y asimilación por doquiera de no pocos frutos de la cultura occidental es un triunfo de Europa que ha acertado a crear un tipo de civilización objetiva, generalizable, generosa, humana...» *El Rapto de Europa*, pág. 103.

(65) «La experiencia histórica nacional y supranacional de España», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3245.

(66) «La unidad de la humanidad, explica Jaspers, sólo puede fundarse en la relación en que están entre sí estas peculiaridades históricas, las cuales no son esencialmente divergentes, sino, por el contrario, contenidos políticos originarios, no casos particulares de algo general, sino miembros de la única y total historicidad de la humanidad» *Origen y meta de la Historia*, *op. cit.*, pág. 323. También Rickert señala que «la filosofía de la Historia como ciencia de principios no podrá comenzar su labor sin tener en cuenta interrogantes, como si existe un sentido del desarrollo histórico, en caso de que tuviéramos derecho a presuponerlo y no logrará resolverlos si no aclara la esencia del conocer histórico en general, es decir, si no tiene conocimientos lógicos». *Introducción a los problemas de la Filosofía de la Historia*, Buenos Aires, 1961, pág. 20

(67) *Origen y meta de la Historia*, *op. cit.*, pág.18

(68) «Por qué tiene lugar la historia es cuestión difícil, comenta J.Ferrater Mora, mas no insoluble;

mente un filósofo de la historia, Díez del Corral se acercaría a la clase de filósofos que, según Marrou, pretenden descubrir y aclarar «el sentido de la historia» (69). Porque la historia sólo puede entenderse bien con la Filosofía. Y al revés, la Filosofía sólo se entiende en la Historia (70). Por decirlo como R. Aron, «la formación de una historia de la filosofía exige una filosofía que a su vez se constituya históricamente» (71).

A Díez del Corral le preocupa la conexión entre la idea y los hechos o acontecimientos históricos vividos a fin de no quedarse en lo ideal, como le ocurrió a Dilthey. Según Díez del Corral, la conexión histórica condujo al alemán a una historia artificial, porque parece como suspenderse en una irrealidad y en una intemporalidad. Existen, comenta, unas leyes de la vida espiritual que son dirigidas al filósofo: «los fenómenos del mundo histórico se encuentran reducidos a formas específicas articuladas entre sí por conexiones inmanentes dentro del espíritu objetivo. La historia se convierte así en una grandiosa morfología del espíritu» (72).

Tampoco satisfacía a Díez del Corral la Filosofía de la historia de Hegel, que intenta hacer comprender la historia racionalmente, conexionando perfectamente en la dimensión trepidante de la historia, la idea y la realidad. Aquí, dice nuestro autor, el hombre pierde sentido en su individualidad, transformado en juguete de la Razón, conducente a un porvenir determinado. En este sentido, el futuro se hace en la medida que se despliega un proceso. El problema es la conexión entre la libertad del hombre y su futuro. Si se acepta que en sustancia el hombre es libre, el futuro es indeterminado.

Díez del Corral percibe la realidad histórica partiendo del conocimiento de la cosa, en oposición al idealismo cartesiano. Fue, a partir de Descartes cuando la verdad dejó de ser captada en el momento en que se produce la relación entre entendimiento y realidad, sino que se cree que ya existe una idea, innata en el hombre y descubierta por la intuición (73). Más tarde, con Kant, resulta imposible que

la potencia del análisis filosófico puede ayudar a no perderse del todo en ese laberinto» *Cuatro visiones de la historia universal*, 5.ª ed. Buenos Aires, 1967, pág. 24.

(69) *Philosophie critique de l'histoire et sens de l'histoire*, Actes du VI^e Congrès des Sociétés de Philosophie de Langue Française, 1952.

(70) «La primera tarea filosófica, a juicio de Ortega,... consistirá en elevar la necesidad y predisposición existentes en el sujeto a plena y concreta conciencia de su lugar histórico.» «Guillermo Dilthey y la idea de la vida», *Obras Completas*, tomo VI, pág. 203. Paul Ricoeur, explicaba que «la historia gana incluso una función especial esclarecedora para las cuestiones fundamentales de la Filosofía» «Husserl et le sens de l'histoire», *Revue de métaphysique et de morale*, 54^e Année n.º 3-4, 1949, pág. 290.

(71) *Introducción a la Filosofía de la Historia*, op. cit., pág. 13.

(72) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 537. Ello requiere que sea imprescindible crear el orden histórico al haber diversidad de culturas. Por una parte Toynbee y Spengler que percibieron las culturas similares a organismos, como cuerpos independientes con su principio y su fin, y, por otro, A. Weber, que concibió la historia a partir de la totalidad de la cultura como objeto de conocimiento. Este pensador defendió la existencia de culturas primarias, secundarias de primer y segundo grado, hasta llegar a la historia de la cultura occidental y su expansionismo que se inicia a a partir de principios del siglo XVI.

(73) La verdad en la época moderna es creada por el hombre, en concreto, desde que Leibniz distinguió entre verdades de hecho o factual y verdades de razón (matemáticas, científicas...).

se pueda conocer la realidad como en verdad es, sino como la pensamos. Prima la idea sobre la cosa. Esta tesis es rechazada por Díez del Corral, pues «en el acto de conocimiento está la realidad, ella misma» (74), siendo posible una perfecta adecuación entre la inteligencia y la idea: aquélla «se encuentra inmersa en sensibilidad».

El hombre tiene la particularidad de estar frente a las cosas «y, por eso, sus actos no son reacciones, sino proyectos, algo que el hombre arroja sobre las cosas» (75), dice Díez del Corral siguiendo a Zubiri. Su pensamiento une lo que había superado el racionalismo, la esencia y la existencia. Por eso el pensar del hombre puede perfectamente fundirse en el pensar con la cosa, porque el pensar puede captar la esencia. Así «ciencia y existencia forman una unidad integral al compararse la expresión de la realidad con la impresión de la misma dada por la inteligencia y que aquella explicita» (76).

Esta cuestión le da a Díez del Corral una percepción de la historia que le ajustará tanto a las cosas como a los proyectos. «El hombre no sólo tiene que hacerse a sí mismo, señala Ortega, sino que lo más grave que tiene que hacer es determinar lo que va a ser» (77). Es decir, parte de la realidad que nutre de proyectos al hombre que intenta llevarlos a cabo, tanto con sus aptitudes y con los medios con los que cuenta a los que consigue sacar de la propia realidad. Decía Zubiri, uno de los pensadores que más influyeron en la fundamentación de la obra de Díez del Corral, que «la historia en su conjunto, se halla constituida por la totalidad de las posibilidades humanas» (78). Díez del Corral impregna de filosofía a la historia. No podía ser de otra manera en un discípulo de Ortega. Es un historiador al que el conocimiento filosófico le permite tratar la historia con hondura. A diferencia de Tocqueville que llegaba a la filosofía «*malgré lui*», filosofar sobre la historia le pone en una dimensión más exigente, pero a la vez con resultados más sólidos. Ello le hace concluir que no todo está construido por el hombre, sino que lo que se denomina como la «potencia pasiva de lo natural», está en el origen de los tiempos, es algo potencialmente evidente en el hombre.

Era consciente de que la vida del hombre consiste en una posición presente que se proyecta hacia el futuro; diría con Zubiri que el hombre es una disposición a ser. Idea coincidente con Jaspers cuando éste escribe: «para nosotros historia es el recuerdo, no sólo para conocerlo, sino para vivir de él. La historia es el fundamento ya asentado al cual quedamos vinculados cuando no queremos disolvernó en nada, sino que aspiramos a participar en el ser del hombre» (79). Por eso, el historiador —dejando de serlo y haciéndose futurólogo— se ve en la necesidad de explicar con

(74) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 544

(75) *Ibidem*, pág. 544.

(76) *Ibidem*, pág. 544.

(77) *Historia como sistema, op. cit.*, pág. 33.

(78) *Naturaleza, Historia, Dios, op. cit.*, pág. 378.

(79) *Origen y meta de la Historia, op. cit.*, pág. 297.

él no sólo el pasado, sino poner anticipos al futuro (80), debido a la fuerza que éste tiene en nuestro siglo: «nos sentimos tan empujados hacia adelante por la corriente rápida del tiempo, que los problemas del futuro penetran de manera inexorable en nuestro presente» (81). Ello no quiere decir que el futuro esté determinado: «no somos arrastrados ciegamente por la corriente inexorable del tiempo hacia un futuro predeterminado» (82).

«El análisis a fondo de la existencia humana» es una averiguación del significado que tiene la historia del hombre. Hay aquí un doble plano en la obra de Díez del Corral, influido por Zubiri. 1. Buscar el sentido de la historia en general en sus diferentes planos. 2. La vida de cada hombre tiene un sentido particular, local y universal. Nuestra vida adquiere sentido en la historia, pues la vida tiene sentido para nosotros mismos y para alguien más que vive con y en nuestras situaciones y se entiende completamente en cuanto se aprehende el sentido general (83).

La filosofía de la historia (84) descansa en la obra de Díez del Corral en dos dimensiones: la primera, la principal, enmarca a la historia en el trascendentalismo cristiano. Porque el cristianismo impulsa la historia hacia adelante terminando con la llegada del Reino de Dios: «la espiritualidad cristiana liberó al hombre de las vinculaciones estrechas del *fatum* y abrió a la par horizontes infinitos al sentimiento del futuro y de la auténtica historicidad» (85). 2. Pero en un contexto como en el que se

(80) La conciencia sobre el futuro, lógicamente la poseen todos los historiadores, aunque en distinta manera. Véase, por ejemplo, lo que escribe Huizinga: «Mientras el pasado suministra sus materias, y la mirada está fijada hacia atrás, mientras que el espíritu tiene conciencia de no poder profetizar, en realidad, ni siquiera un minuto del porvenir, es, no obstante, ese eterno porvenir mismo quien mueve aquel espíritu», *Sobre el estado actual de la ciencia histórica*, Madrid, 1934, pág. 80.

(81) *Perspectivas de una Europa raptada*, pág. 242. Nicolás Ramiro Rico decía, con lógica, que ninguna teoría se contrae, sin embargo, a comprender el *hic et nunc*. Todo conocimiento histórico de lo presente o del presente ya pasado —es una trascendencia sobre ese presente y un barrunto de lo posible—. *El animal ladino y otros escritos políticos*, Prólogo de Francisco Murillo y L. Díez del Corral, Madrid, 1980, pág. 211.

(82) *Perspectivas de una Europa raptada*, pág. 244.

(83) Por eso, explica Aron que «la Filosofía de la historia es una parte esencial de la Filosofía; es a la vez su introducción y su evolución. Es la introducción porque es necesario comprender la historia para pensar el destino humano de una época y de siempre; es la conclusión porque no hay comprensión del devenir sin una doctrina del hombre» *Introducción a la Filosofía de la Historia*, *op. cit.*, pág. 14.

(84) Hay que diferenciar entre Filosofía de la Historia y Teología de la historia, ésta se abre a un proceso de sacralización de la historia, lo mismo que a partir de fines de la Antigüedad y principios de la Edad Media, se produce la sacralización de lo político que, como demostraría García Pelayo, terminará en un proceso de secularización, iniciado por la propia Iglesia, al intentar desacralizar y secularizar el poder político. En concreto cuando el Estado se hace a sí mismo. «El reino de Dios, arquetipo político», *Obras Completas*, vol. I., pág. 903. *Vid.* también. H. ARENDT, *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, 1996, págs. 79 y ss. J. A. Maravall reflejaba con acierto el fundamento de la Filosofía de la Historia, que «trata de captar el sentido del acontecer a través de la autoconciencia que las épocas tienen de sí mismas», *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, *op. cit.*, pág. 56.

(85) *Historia y Política*, *op. cit.*, pág. 258. «El cristiano ve la historia, explica Ferrater Mora, como un *crescendo* continuo, como una sinfonía que tiene cada vez más notas agudas que acaba con una inalcanzable fuga», *Cuatro visiones de la Historia Universal*, *op. cit.*, pág. 116. Posiblemente tiene razón

sitúa, no deja de ser un problema poner la historia en vías de servir un fin último, por lo que, al lado del trascendentalismo, hay una capa más baja, asumible por muchos, pues «la meta de la cristiandad es ultramundana, pero el camino a recorrer, mundano» (86). Se trata de explicar precisamente la mundanidad hasta llegar al cumplimiento del destino. Y es aquí donde el proyecto se entiende a partir del desarrollo de la cultura europea, como expresión excepcional de la cultura de la humanidad: «la cultura europea, dice Díez del Corral, se ha sentido llamada a realizar una portentosa e inacabable hazaña supranatural también sobre la Tierra, a dar un sentido unitario y global a la existencia dispersa y localista del hombre, a servir supremos ideales de cultura que enaltecen sin cesar la condición humana. La historia europea resultará así fecunda, creadora y universal en medida por completo incomparable» (87). La cultura europea se ha extendido hasta hacerse universal, mediante su propio dinamismo expansivo y su «raptó». El universalismo pasa por ser consciente del papel de la cultura europea en su proyección.

El historiador español empezó a prestar atención a culturas extraeuropeas a partir de la década de los cincuenta, en concordancia, que no influido, con el historiador Dehio (88), que se preocupó de conocer las culturas asiáticas y el mundo atlántico, casi desconocido para la mayoría de los historiadores.

La función del historiador es la de probar el carácter universal de los fenómenos históricos (89). Pasar lo particular a lo universal (90). Pero, al tiempo, ir amoldando lo local a lo universal (91). Eso significa que han de buscarse las raíces de las cosas, «las raíces, profundas y concretas, las que constituyen la auténtica trama de lo uni-

M. Heidegger cuando escribe que «la historia, en sentido genuino, es el objeto supremo de la religión, comienza con ella y con ella termina. La humanidad tiene que ser vista como una comunidad viva de los individuos de los individuos singulares, perdiéndose en ella la existencia separada», *Estudios sobre mística medieval*, 2.^a ed., México, 1997, pág. 176.

(86) *Historia y Política*, pág. 261.

(87) *Ibidem.*, págs. 262 y 263.

(88) *Gleichgewicht oder Hegemonie. Betrachtungen Über ein grund Problem der neueren Staatengeschichte*, Krefeld, 1948.

(89) En efecto, como Rickert señala, la Filosofía de la Historia, «como ciencia filosófica tiene que ser ciertamente universal, y se halla dirigida por ello hacia el todo de la historia como unidad», *Introducción a los problemas de la Filosofía de la Historia*, *op. cit.*, pág. 95. Que sería diferente de la totalidad, según defendía B. Lewis, pues como escribe José Iturmendi, en su estudio «Acercas de la historia Recordada», «La totalidad no puede ser concebida como objeto o campo de las investigación histórica, constituyéndose más bien en un criterio regulativo, en una idea límite de la misma, desde el momento en que valc a lo que se aspira, a la manera de una tensión o de una adquisición imposible que se ambiciona con la conciencia cierta de su profunda imposibilidad», en *Manuel Fraga. Homenaje Académico*, Madrid, 1997, pág. 801.

(90) Recordemos, como dice Aron, que «objetividad no significa imparcialidad, sino universalidad», *Introducción a la Filosofía de la Historia*, *op. cit.*, pág. 9.

(91) «Hay una unidad substancial de la especie humana en virtud de la esencia humana, que en todos es la misma» explica Alois Dempf en *La Filosofía cristiana del Estado en España*, Madrid, 1961, pág. 277.

versal» (92). El problema consiste en valorar la universalidad de la historia. Porque es muy difícil entender la existencia de una conciencia universal.

Díez del Corral, al situarse en la perspectiva de una historia universal, no defiende la existencia de una cultura universal humana. Sostiene que hay una especie de paralelismo en los sistemas políticos y sociológicos de todos los países. Es decir, que si bien es comprobable que existen diferencias indudables entre las sociedades, no obstante, las que tienen una determinada estructura social presentan caracteres políticos parecidos.

En su análisis de la historia de las ideas, las ideas sobre las cosas y las cosas que producen ideas, Díez del Corral no convierte al hombre, que tiene una esencia y que se hace en la historia, en un ser económico, demográfico, etc., porque es un compendio de todo. En su manera de percibir la historia predomina la exposición de los actos creativos, sobre lo imperfectamente realizado. Combina el juicio concreto y el juicio universal, pero intenta descubrir cómo va haciendo el hombre su historia, en una mezcla a veces clara y otras confusa de relaciones, de poder o de amor, de conflicto o de alianza. Un historiador como Díez del Corral, busca encontrar más el talento que el error, la riqueza creativa que los afanes cotidianos de supervivencia. No hay un descuido hacia los actos regulares cuando en ellos se aprecia valor o inteligencia aunque no sirvan para mover la historia: Nunca se tiene la sensación de que la historia sea una mera suma de ideas, sino que es una aportación al patrimonio de la humanidad, una aportación de las culturas, sea la europea en un plano muy amplio o de una de sus culturas, por ejemplo, la española, a la historia de la humanidad. Pero siempre pretende ser una forma de conocimiento de las ideas de los hombres, al servicio de la conciencia histórica.

Ello no le acerca al progresismo. Está tan alejado de autores del siglo XIX como Comte o Hegel, como de esa parte de la mentalidad corriente en los países desarrollados, que cree en el avance de la ciencia y, aún más, de la técnica, como progreso indiscutible de la humanidad (93). Su percepción de la historia, en la que la tradición tiene un papel esencial, no puede admitir que el hombre avance hacia un *terminus* feliz.

Díez del Corral comprueba que la acumulación de realizaciones humanas es la capacidad genérica del hombre para hacerse. La visión filosófica de la historia de Díez del Corral le muestra el ser (94) del hombre en el tiempo

La historia es, al igual que para Ortega y para Zubiri, la actualización de lo hecho y pensado en el pasado en la medida en que está en nosotros y con ello nos apro-

(92) «El saber histórico y el presente», *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3477.

(93) Habría que recordar lo que dice A. Toynbee respecto a la tecnología: «opera sobre la superficie de la vida, y por esto parece practicable adoptar una tecnología extranjera sin peligro de que el alma cese de ser la misma», *El mundo y el Occidente*, Madrid, 1962, pág. 59.

(94) Decía Zubiri en contra de ciertas ideas impuestas en aquel momento que «es menester revolverse a introducir la historia, en cuanto tal, en la misma idea de ser», *Naturaleza, Historia, Dios*, op. cit., pág. 387.

ximamos a los otros y a las cosas; el atesoramiento del pasado es lo que da el ser al presente y la conciencia de otro ser que debe ser más rico en historia, en experiencias y realizaciones. No supone estar mejor ni ser mejor. La búsqueda del sentido de la historia, implica también poner de actualidad a la propia historia, a fin de que el hombre posea la riqueza del pasado expuesta por el historiador y pueda permitir elevar su posición en el saber. La historia hace al hombre subir peldaños en riqueza artística y cultural (95). «El ser que evoluciona, comenta Aron, es el que se enriquece conservándose». Y la ciencia, inseparable del medio cultural, le puede permitir hacer más confortable la vida. Sin embargo, no todos los medios dispuestos por el historiador garantizan que el hombre elija el enriquecimiento, porque el hombre no siempre es tan razonable como pensaba Kant.

Es fundamental saber cómo se percibe la vida del hombre que se hace historia. Siendo evidente que el hombre puede hacer su historia debido a su ser político y social, siendo lo social la objetivización de la vida. Díez del Corral sigue la tesis orteguiana de que el hombre se manifiesta en la sociedad como ser inauténtico, porque la autenticidad del hombre queda oscurecida por lo social «al que corresponden actos homogéneos, típicos y fungibles».

Así pues, Díez del Corral distingue *a priori* lo social de la historia. La realidad presenta dos formas diferentes en la vida del hombre, fundamentalmente en razón de su condición ontológica: Lo social y lo individual. Como señalaba Ortega y Gasset, lo social es lo homogéneo, lo singular, lo repetitivo, y no es propiamente histórico. Porque no toda actividad humana se hace historia. La idea orteguiana recogida por Díez del Corral en su idea de la historia, consiste en que lo social prepara lo histórico, porque las acciones individuales históricas son consecuencia de una base social al que se debe el acontecimiento histórico, en parte, a su naturaleza histórica. Además, a pesar de lo que dice Ortega, lo social tiene su historia, pues hay ámbitos sociales que influyen en la individualización de las acciones. Pero lo auténticamente histórico es lo relevante, lo exclusivo, lo singular, lo que descubrió la historiografía antigua.

Tanto el positivismo como el marxismo impusieron que la historia la hace la sociedad; las individualidades son su producto. En realidad, la sociedad nunca puede ser el sujeto de la historia. Es un sistema de probabilidades para que los hombres hagan la historia (96).

Díez del Corral cree en el principio de la sociabilidad natural del hombre. Como historiador no acepta que el hombre se halle sometido a la opinión y a la costumbre social, aunque forme parte del espíritu de la época. No participa tampoco de la idea positivista de la presión determinante de lo social sobre el individuo, que significaría que este último se encontraría sometido a la regularidad y a la regulación de lo social, impidiéndole toda expresión libre. La sociabilidad del hombre en Díez del Corral muestra dos aspectos: el sometimiento del individuo a sus bases concebidas y

(95) *Introducción a la Filosofía de la Historia, op. cit.,* pág. 113.

(96) Teniendo presente que el pasado no es un dejar de ser, sino un dejar de ser realidad.

las posibilidades para actuar y realizar su vida. Esta percepción de lo social permite saber, ahondando en otros aspectos, acerca de la libertad real que posee o ha poseído el individuo en la historia, así como el peso que lo social tiene sobre él. La historia nos puede ofrecer la importancia de los personajes a través de los cuales nos da a conocer en qué situaciones y desde qué posiciones tienen los personajes influencia histórica y, asimismo, permite descubrir si la sociedad necesita tales individuos para dinamizarla o si hay individuos que, logrando salir de la presión de lo homogéneo y regular, tienen capacidad para cambiar el hábito social.

El progresismo histórico no puede conocer la historia, ni aprender de ella. Porque para esta doctrina lo único importante es lo que vendrá, y sólo se interesa por la historia para demostrar su evolución. La espera en el final feliz no sólo imposibilita la satisfacción del presente, sino que ignorará o eliminará del pasado aquello que no justifique la aventura de la ilusión. Por eso Díez del Corral estaba de acuerdo con J. Burckhardt en que el «historiador no puede planear sobre la historia, abarcarla y comprenderla como en un paréntesis, entre un principio y un fin» (97). Sostiene que no es aceptable la investigación de la totalidad en que las partes se entienden una vez que se ha captado la interpretación general, mediante el hacer histórico, cabrá ir interpretando el sentido del hombre en sus diferentes épocas donde unas tendrán mayor importancia que otras.

Como historiador del pensamiento valoraba las grandes construcciones, siendo consciente de que la inteligencia se pulía y perfeccionaba cada vez más. Sin embargo, este desarrollo no garantizaba que su camino fuera el adecuado. Es decir, que el aumento de la capacidad intelectual de la humanidad no suponía que los valores y virtudes se pusieran en práctica. Incluso piensa Díez del Corral que el desarrollo científico y técnico del hombre ha empequeñecido su existencia: «El hombre ha ido podando su existencia para tenerla enteramente bajo su dominio y, por lo general, lo ha conseguido. Ha logrado encontrarse en absoluta soledad» (98). Aunque como todo pensador conocedor de la realidad en que vive, le disgustaban diversos aspectos de ella, su equilibrio y realismo, le impedían rechazar el todo.

La potencial capacidad de manipulación que tiene el hombre sobre la historia, es lo que da idea de lo inabordable de la historia y de la imposibilidad de poder darle un sentido que no sea providencialista, a la manera de San Agustín, Bossuet y otros autores.

(97) «Visión concreta de Europa», *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3090.

(98) «La consolidación de las cosas», en *Obras Completas*, tomo IV, pág. 3054. A pesar de ser escrito en 1943, época que no daba lugar a muchos optimismos, la cuestión que cabía plantear era si podía seguir otros caminos. ORTEGA, en *La Rebelión de las masas*, advertía sobre las consecuencias del cambio de mentalidad en el individuo a causa de la ciencia y de la técnica: «Todo el crecimiento de posibilidades concretas que ha experimentado la vida corre el riesgo de anularse a sí mismo al topar con el más pavoroso problema sobrevenido en el destino europeo y que de nuevo formulado: se ha apoderado de la dirección social un tipo de hombre a quien no interesan los principios de la civilización... Le interesan los anestésicos, los automóviles y algunas cosas más. Pero esto confirma su radical desinterés hacia la civilización», *Obras Completas*, t. IV, pág. 195.

10. LA CONCEPCIÓN HISTÓRICA DE LAS IDEAS POLÍTICAS

Según Díez del Corral, «la política puede ser considerada como el eje central de la Historia» (99). El estudio de las ideas políticas se justifica porque los aspectos fundamentales de la historia están centrados en la política. Estudiar la historia de las ideas políticas significa conocer lo político, siendo imprescindible que vaya parejo con el estudio de la organización, puesto que aquél «se presenta en forma de organización política, tanto lógica como históricamente».

Debido a los perfiles poco claros en que se ha diluido históricamente lo político, Díez del Corral abogó por la necesidad de determinar lo específico de lo político, sea en el ámbito de la realidad social o dejando constancia de su área de conocimiento. Cuestión fundamental, a consecuencia de la intromisión en ella de nuevos campos de conocimiento, que, por no tener perfiles claros, intentan hacer su objeto cogiendo contenidos de aquí y de allá. Es una tarea de la propia ciencia política mantener la identidad de lo político, defender su esencia. Con tal fin, Díez del Corral considera imprescindible delimitar los «distintos modos de considerar científicamente la realidad política; por ello es preciso ir al pensador que estableció los motivos y dimensiones esenciales de la ciencia política: Aristóteles: «se hace preciso volver a articular internamente... las distintas dimensiones que se encuentran íntimamente enlazadas en Aristóteles —la empírica, la referente al mejor estado, la consideración sociológica y la historia—» (100). La recuperación del estagirita no supone una simple mirada retrospectiva al pasado de un autor, sino se justifica porque el gran filósofo griego descubrió las dimensiones internas de la política, que han de servir para entender el hacer político.

En la búsqueda de la delimitación de lo político, Díez del Corral dejó bien claro que no se puede identificar la política con el Estado, porque si no «sería tanto como considerar que lo político es un fenómeno transitorio de ciertas épocas históricas y no una dimensión del hombre a partir de su entrada en la historia» (101). Por tanto, lo político se manifiesta en la historia de diferentes formas, siendo misión de la ciencia política descubrirlas, distinguiendo bien la esencia de la forma histórica.

Para determinar lo político es necesario hacer una evaluación teleológico-valorativa. El cometido de lo político es crear un orden, el orden político, con el objetivo de aglutinar y unir a los integrantes de una sociedad, única manera de percibir la unidad interna en la cantidad ingente de actos sociales que se dan dentro de un ámbito espacial. Para ello es necesario armonizar la sociedad, llevarla a un objetivo que es el bien común.

En la política, es fundamental que haga sobresalir el sentido ético de la vida; se trata de que, como en el mundo griego, se crea en un orden bueno y justo. Y lo justo, es decir, el orden justo, procede del principio ético jurídico, lo que a su vez justifica

(99) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 566

(100) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 521.

(101) *Ibidem.*, pág. 553.

que la organización política garantice el Derecho en cualquier situación histórica concreta (102). Por eso el historiador de las ideas debe «poner de relieve la íntima conexión de la política y el principio del Derecho a lo largo de los siglos, desde que se inició la vida política y la reflexión sobre la misma» (103).

Al estudiar las ideas políticas, Díez del Corral no se interesa por ellas en cuanto tales, sino por su conexión con la realidad, de la que la historia y la política no pueden prescindir. Precisamente por esto es ineludible acudir a la especulación filosófica, al tener que adentrarse en el ser para poder explicar sus necesidades; entre ellas, como *zoon politikon*, está la de formar una organización política. «En definitiva, escribe Díez del Corral, historiar la filosofía política no es sino poner de manifiesto el movimiento y el despliegue de la inteligencia sobre la dimensión política del vivir humano. La totalidad de la Historia de las ideas filosófico-políticas no es otra cosa que la totalidad de la comprensión de aquellas cuestiones políticas fundamentales que han jugado un papel en la historia de la humanidad, justamente porque emanaban de la condición política del ser del hombre» (104).

Díez del Corral consideraba fundamental para la ciencia política acercarse al saber histórico general y no sólo a la historia política, siendo necesario recurrir a las diferentes disciplinas históricas parciales. Es preciso conocer la interna articulación de la historia. Díez del Corral señalaba la necesidad de la interdependencia de la historia de las ideas políticas y la ciencia política, siendo la historia la que pone de relieve los contenidos constantes de la política. Porque, como señala Aron, «nuestra conciencia política es y no puede dejar de ser conciencia histórica» (105). En el mismo sentido explicaba J. A. Maravall que «la Ciencia Política se dirige a la Historia no en busca de comprobación, sino para descubrir en ella sus conceptos y hasta su mismo sistema, lo cual quiere decir que esta Ciencia, como todas las de su clase, se forman y se transforman en la Historia» (106). Pero también el haber captado lo presente permite extraer su esencia: «la dependencia del pensamiento político respecto a las circunstancias temporales no impide que, por encima de ellas, exista un núcleo de verdades en la vida política» (107). Bien se puede demostrar que hay pensadores cuya influencia histórica ha marcado el pensamiento de una época que no vivieron.

En toda estructura de las teorías políticas hay siempre un dualismo, es decir, lo desarrollado y lo presupuesto, lo explicado y lo implícito, lo consciente y lo inconsciente. Eso significa que no existe ninguna teoría donde se pueda recoger la totali-

(102) Como dice Díez del Corral, «La organización política se justifica en cuanto que asegura el Derecho», *Ibidem*, pág. 555.

(103) *Ibidem*, pág. 556

(104) Prólogo a la traducción española del libro de Günter Holstein *Historia de la Filosofía Política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1969, págs. 15 y 16.

(105) *Dimensiones de la conciencia histórica*, *op. cit.*, pág. 38.

(106) *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, *op. cit.*, pág. 48

(107) *Memoria para la Cátedra...*, pág. 532.

dad. Toda teoría, por definición, es parcial, apoya una cosa u otra; por eso el historiador no debe conformarse con analizar la teoría tal como se presenta, sino también exponer su envés, aquella parte oculta que sirve para descubrirla en su totalidad. Ciertamente para ello es preciso acudir al contexto en que vive, por tanto, buscarlo en su época. Lo que significa que es imprescindible conocer su realidad y no situarse sólo en el plano de las ideas puras. Si no es imposible su conocimiento.

